

XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 2007.

Espacio simbólico y prácticas políticas en el análisis de la creación y desarrollo de la Unión Cívica Radical. 1891-1930.

Piñeiro, Elena Teresa (UCA).

Cita:

Piñeiro, Elena Teresa (UCA). (2007). *Espacio simbólico y prácticas políticas en el análisis de la creación y desarrollo de la Unión Cívica Radical. 1891-1930. XI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Tucumán, San Miguel de Tucumán.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-108/598>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Espacio simbólico y prácticas políticas en el análisis de la creación y desarrollo de la Unión Cívica Radical 1891-1930

Introducción

La vida política se desarrolla permanentemente en dos planos: el de las prácticas discursivas y el de las prácticas políticas.

Toda sociedad política tiene una dimensión esencial: la de constituir y renovar un conjunto de ideas destinadas a influir en el espíritu de sus miembros por medio de las cuales la comunidad designa su identidad, sus aspiraciones y los grandes lineamientos de su organización. El discurso crea una red de sentidos, un conjunto de representaciones por medio de la cual una sociedad se identifica, se reproduce, expresa las necesidades colectivas, propone un modelo de organización y legitimación y establece los fines que se propone realizar. Esas prácticas discursivas mueven a los hombres a la acción y se traducen en prácticas políticas.¹

El espacio simbólico en el cual los poderes se legitiman o se impugnan constituye un universo de ideas vinculadas a la lucha política que pueden consolidar y justificar un régimen existente o criticarlo y condenarlo en nombre de otro régimen que pretende reemplazarlo y que a su vez necesita consolidarse y justificarse. En ocasiones ese universo de ideas puede trasladarse al interior de un partido político para legitimar o ilegitimar facciones internas y criticar o condenar prácticas políticas. Por ende ambos planos, el de la acción y el del discurso que construye un imaginario están íntimamente vinculados en una relación permanente y compleja que el historiador debe considerar cuando intenta explicar acontecimientos históricos de naturaleza política.

En el contexto de este trabajo pretendemos analizar desde estas dos perspectivas la fundación y desarrollo de la Unión Cívica Radical desde su fundación hasta 1930. Las prácticas discursivas crearon una red de sentido que no sólo permitió la identificación de sus miembros sino que expresó las necesidades colectivas, propuso un modelo de organización y legitimación y estableció los fines que se proponía realizar. El conjunto de producciones simbólicas se tradujo en prácticas políticas que se desarrollaron tanto en la dinámica interna del partido como en la dinámica electoral y en el ejercicio del poder.

El radicalismo y la política agonal.

Como todo partido político el radicalismo nació y se organizó en torno a ideas y referentes que constituyeron un espacio simbólico que instauraba una imagen del poder, de su naturaleza y de las condiciones de su ejercicio, proveía a sus integrantes de una identidad y los movilizaba a la acción.

De aquella coalición heterogénea formada al calor de la creciente oposición al gobierno de Juárez Celman entre septiembre de 1889 y abril del 90, se escindía en 1891, un sector de la Unión Cívica liderado por Leandro N. Alem: la Unión Cívica Radical.

La definición de “radical” implicaba oponerse intransigentemente al acuerdo. Así lo declaraba su fundador refiriéndose al acuerdo entre Roca y Mitre. “Yo no acepto el acuerdo; soy radical contra el acuerdo; soy radical intransigente.”² Estar contra el acuerdo significaba oponer a la política personalista, pragmática y negociadora del régimen, una política impersonal basada en principios e ideales cuyo objeto era la construcción de un espacio político democrático y que no eran otros que los expresados en la Constitución Nacional, “magna carta de libertad y justicia”³ –como la denominara Alem en la Declaración de Principios- que los gobiernos del oficialismo habían desvirtuado, impidiendo así el correcto funcionamiento de las instituciones.

Denunciaba Alem en esa declaración “el exceso de poder reconcentrado en manos del presidente y de los gobernadores (...) {que} “les ha permitido la supresión gradual de los derechos políticos, dominar sin control en los cuerpos legislativos y hasta influir perniciosamente en las funciones judiciales”⁴ .

Estos principios e ideales estaban por encima de cualquier personalismo y debían ser respetados sin opción alguna a la negociación. Era menester realizar las reformas necesarias “para garantizar a la opinión pública y a los parlamentos su legítima influencia en los actos de gobierno, reducir a límites prudentes el ejercicio de las facultades del Poder ejecutivo y combinar la independencia de los jueces con la efectividad de sus responsabilidades”⁵.

¹ Ver Ansart, Pierre. Ideología, conflictos y poder. Ed. Premia, Méjico, 1997 También: Furet, François. Pensar la Revolución Francesa. Barcelona, Petrel, 1980. Pp24-26

² Yrigoyen, H. Pueblo y gobierno, T.I, Vol.1, Raigal, Bs.As., 1953. Pág.212

³ Declaración de Principios. 23 de noviembre de 1891. La Prensa, 24 de noviembre de 1891.

⁴ Declaración de Principios. 23 de noviembre de 1891. La Prensa, 24 de noviembre de 1891.

⁵ Ibid.

En definitiva era menester fundar una nueva política basada en el respeto de las instituciones y en la libertad de sufragio “cuya escandalosa supresión ha originado los males que afligen a la República”. Se trataba de un programa de regeneración de la virtud cívica que reconducía la política al terreno de la moral. Si en el plano de los valores el programa implicaba adherir a los principios de la Constitución y del liberalismo, en el de las prácticas políticas constituía una impugnación a los comportamientos personalistas y hegemónicos que habían provocado los males que el radicalismo denunciaba.

Principios e ideales que ya estaban presentes en 1890 cuando, como lo sostenía Francisco Barroetaveña, se trataba de “constituir un partido de principios, impersonal, con organización permanente, -en lugar de esos partidos personales formados transitoriamente para llevar un hombre al gobierno (...)”⁶.

Y que volvían a enunciarse en el Manifiesto de la Unión Cívica al Pueblo de la República del 2 de Julio de 1891 para informar a sus correligionarios y al pueblo en general de la escisión producida por el Acuerdo Mitre-Roca. Allí se denunciaban “los trabajos personalistas que desnaturalizando el programa de nuestra institución, han hecho dentro de la misma algunos de los amigos del general Mitre” condenándoselos por cuanto desnaturalizaban el programa del partido que

“excluía todo personalismo y sobre la influencia de los caudillos, sobre el prestigio de los hombres, agitaba algo más grande levantando un credo político, que perseguía el predominio de las ideas y de las instituciones”.⁷

Aún cuando quienes integraban la UCR reconocieran la jefatura de Alem, el partido se regía por sus convenciones y sus órganos directivos porque un partido cuyo objetivo era construir un espacio político democrático debía construirlo también en el plano interno.

En la práctica, el rechazo de la política del acuerdo y la declaración de intransigencia marcaban dos posibles cursos de acción: recuperar el componente de competencia y conflicto propio de la lucha política participando en las instancias de la política agonaque el roquismo pretendía clausurar,⁸ o transitar el camino de la abstención y la revolución.

⁶ Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias, Jorge W. Landenberger y Francisco M. Conte Ed. Publicación Oficial, 1890, p. 354.

⁷ Manifiesto de la Unión Cívica al Pueblo de la República. 23 de noviembre de 1891.

⁸ Tulio Halperin Donghi al analizar el clima de ideas que surge en 1880 analiza en detalle el intento del roquismo de reducir la política a un simple contenido administrativo. Ver: “1880: un nuevo clima de ideas”, en: El espejo de la historia, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Ezequiel Gallo sostiene que la firmeza del ideario intransigente del radicalismo puede discutirse estudiando detenidamente las circunstancias políticas de aquella época. Considera que la historia del radicalismo desde su origen en 1891 hasta la ley Saenz Peña muestra una constante fluctuación entre las tendencias abstencionistas y concurrencistas. La “intransigencia” radical no excluía al partido de la confrontación electoral, al menos en la ciudad de Buenos Aires, como lo ha señalado Paula Alonso para el período 1892-1898.⁹

En ese período el partido ganó las elecciones de diputados nacionales en la provincia y luego en la gobernación de Buenos Aires, Bernardo de Irigoyen fue electo senador por la Capital y Alem volvió del exilio.¹⁰

La derrota de 1896 en la Capital puso de relieve que, el discurso principista y el renovado rechazo de todo personalismo en la vida política ocultaban pujas internas en torno a las estrategias más apropiadas para transitar el camino hacia el poder. El liderazgo de Alem comenzó a ser discutido y se manifestó la hasta entonces oculta oposición de su sobrino Hipólito Yrigoyen.

Alem, el caudillo romántico, se había manifestado intransigente ante un acuerdo que clausuraba la lucha electoral y pretendía consolidar lo que Botana ha llamado “sistema de hegemonía gubernamental y control de la sucesión”.¹¹ Pero no rechazó la concurrencia a las urnas aún sabiendo que debía enfrentar el fraude.

Hipólito Yrigoyen, en cambio carecía de las cualidades carismáticas de su tío pero “actuaba con método y orden”¹². Había organizado el Comité de la Provincia de Buenos Aires, decisivo resorte del partido que no vaciló en disolver cuando en 1897, muerto ya su tío, rechazó la posible coalición electoral con al Unión Cívica Nacional liderada por Bartolomé Mitre..

En esos años iniciales el partido se constituyó en el lugar simbólico de la lucha por el poder, centro de un proceso de producción y de disputa discursiva en torno de la organización de proyectos y prácticas políticas.

Ese proceso terminó cuando Yrigoyen, tras la muerte de Alem y el fracaso de la política de las paralelas logró encarnar el poder en el seno del partido, instituirlo, controlarlo y

⁹ Alonso, Paula. Politics and elections en Buenos Aires, 1890-1898: The Performance of the Radical Party, Journal of Latin American Studies, 25. Pag. 465-487

¹⁰ Romero, Luis Alberto. El surgimiento y la llegada al poder. En: El radicalismo. Carlos Pérez, Ed. Bs.As., 1968. Pág.24

¹¹ Botana; Natalio. El orden conservador, Ed. Sudamericana, Bs.As., 1986

¹² Romero, Luis Alberto. El surgimiento..... Op. Cit., pág.24

convertirse en el emisor privilegiado de las significaciones y el depositario legítimo de ese poder.¹³

El sentido de la intransigencia cambió. Ya no se trataba de oponerse a un acuerdo con el “régimen” sino a cualquier tipo de acuerdo y a toda participación electoral. La única estrategia posible era la abstención revolucionaria. En definitiva, “bajo la jefatura de Yrigoyen la Unión Cívica Radical se identificaba con la Patria misma para realizar una labor apostólica encarnada en su propia figura”.¹⁴ Era el símbolo viviente de la verdad, de la realización de los objetivos justos y de la voluntad común.

Esas aspiraciones provocaron irritación y desconfianza en el interior del partido porque tenían connotaciones de dirigismo y uniformidad. Como consecuencia el espacio simbólico se fraccionó y surgieron los enfrentamientos discursivos mediante los cuales cada fracción buscó legitimarse e ilegitimar al rival mediante la emisión de mensajes políticos que designaban a sus integrantes como los únicos portadores de un proyecto justo y valioso.

El partido radical era un actor más en el campo político¹⁵ nacional pero también constituía un campo político en sí mismo y por ende las estrategias de conservación del poder o de subversión o herejía se desarrollaron al interior del partido y se tradujeron en prácticas políticas.

Aún cuando discursivamente Yrigoyen se situara en la absoluta intransigencia y desbaratara, en 1897 los esfuerzos de la tendencia coalicionista encabezada por Bernardo de Yrigoyen para concretar el acuerdo con el sector mitrista en contra del roquismo, no dudó en entrar en acuerdos con el oficialismo para llevar a la gobernación de Buenos Aires a Bernardo de Irigoyen (coalicionista) oponiendo esta candidatura a la de los mitristas.

En 1897, Lisandro de la Torre denunciaba en su carta-renuncia al radicalismo la influencia “hostil y perturbadora” que había trabado la marcha del partido desde su

¹³ Ver: Francois Furet. Pensar la revolución francesa, Barcelona, Petrel, 1980, pp.24-26

¹⁴ Halperín Donghi, Tulio. Vida y muerte de la República Verdadera, Ariel Historia ,Buenos Aires, 2000, Cap. XIII, p.610.

¹⁵ Bourdieu apunta que el campo es un espacio social que se define a partir de un tipo de producción y un tipo de interés específico. Cada campo está ocupado por actores con distintos ‘habitus’- sistema de disposiciones y representaciones mentales que están originadas por la posición que una persona ocupa en la estructura social - y con capitales distintos que compiten tanto por los recursos materiales como simbólicos. En cada campo funciona un sistema de relaciones de fuerza, de conflicto, donde se disputan visiones y clasificaciones a imponer. De allí que en todo campo se desarrollen estrategias de conservación del poder o de subversión y herejía. Ver: Bourdieu, Pierre. Intelectuales política y poder. Buenos Aires: Eudeba, 2000

origen, desviando “sus mejores propósitos” y convirtiendo “toda inspiración patriótica en debate mezquino, de rencores y ambiciones personales”. Dicha influencia no era otra que la de Yrigoyen “que hizo abortar los planes revolucionarios de 1892 y 1893 y que destruye en estos instantes la gran política de la coalición, anteponiendo a las conveniencias del país y a los anhelos del partido sentimientos pequeños e inconfesables...”¹⁶

A partir de 1898 comenzó una etapa de dispersión del radicalismo que finalizó en 1902. Mientras que Yrigoyen reorganizaba el Comité de la Provincia de Buenos Aires, desde donde intentaría tres años más tarde una nueva revolución, el partido comenzó a reorganizarse lentamente y con escasos resultados en las provincias de Tucumán, Córdoba, Santa Fe, Mendoza y Entre Ríos merced a la acción de un núcleo selecto de afiliados volcados por entero a la lucha política. No obstante la actitud de muchos de los simpatizantes era dudosa porque

“ (...) todos a quienes se les habla del asunto lo primero que quieren saber es cuáles son las tendencias de ese partido. La actitud de los hombres más representativos que ha tenido el Radicalismo aquí hace que los mas desconfíen del éxito en la campaña emprendida (...)”¹⁷

Los simpatizantes radicales tenían más de un motivo para desconfiar. En el plano ideológico, las propuestas originarias que se limitaban a exigir el restablecimiento de las instituciones, la honradez gubernativa, la libertad de sufragio y el respeto a las autonomías municipales y provinciales fueron reemplazadas por la concepción yrigoyenista de la acción política como reparación moral.

Yrigoyen asumía el reclamo de moralidad pública como una reivindicación que legitimaba la exigencia de poder y concebía al partido como la “Causa” que se identificaba y confundía con la nación y representaba la reparación moral.

La concepción de la acción política como reparación moral justificaba la constante apelación a la abstención revolucionaria. Si la misión del radicalismo era la de reparar de raíz las instituciones políticas no podía embanderarse en la simple política militante cuyo objetivo era acceder al gobierno.

El Manifiesto de febrero de 1904, daba a conocer la decisión partidaria de abstenerse de concurrir a elecciones de Diputados Nacionales, Senador por la Capital y del Colegio

¹⁶ De la Torre, Lisandro. *Obras*, tomo I

¹⁷ Archivo Vicente C. Gallo. Carta de Ruiz de Huidobro a Vicente C. Gallo, Tucumán 27/10/1903. La pregunta que todos se hacían en el caso de Tucumán era por qué si el partido contaba con tantos elementos, los que debían estar al tanto de dichas tendencias estaban alejados y rodeando a otros hombres, en particular a Brígido Terán que iba a ponerse al frente de un partido nuevo.

Electoral para presidente y vicepresidente como protesta por las prácticas políticas imperantes. Pero no todos los dirigentes estaban de acuerdo con la conducción del partido ni con la política de abstención.

En septiembre de 1909 las disidencias dentro del partido se hicieron públicas cuando un grupo de dirigentes capitalinos encabezados por Leopoldo Melo¹⁸ lanzó un manifiesto contra la conducción *personalista* de Yrigoyen en el que se criticaba violentamente la falta de programa, la política abstencionista y la falta de renovación de las autoridades del Comité Nacional. El Dr. Pedro Molina, prestigioso dirigente cordobés y ex presidente del Comité Nacional brindó su apoyo a los dirigentes de la Capital y a su postura antipersonalista y concurrencista.¹⁹

Yrigoyen se mantuvo firme en sus principios y reiteró la abstención en las elecciones de 1910, abstención que sólo levantaría tras la sanción de la nueva Ley Electoral y no con demasiado entusiasmo.

Entre 1912 y 1916, se intensificó la organización partidaria y comenzaron a surgir nuevos problemas que se agudizaron cuando las garantías otorgadas por la nueva ley electoral llevaron a los radicales a asumir el hecho de que la reparación podía llevarse a cabo a través de elecciones y desde el gobierno, situación que Yrigoyen hubiera deseado evitar en favor de la vía revolucionaria.

A partir de ese momento se hizo perentoria la exigencia de convertir al radicalismo “en un gran partido de estructura moderna, con instituciones para su gobierno y desenvolvimiento (...) con programa de ideas.”²⁰

Fernando Saguier escribía desde el Hotel Majestic de París a sus amigos, Julio Moreno, José Luis Cantilo y Vicente C. Gallo para manifestarles que, tras la sanción de la nueva Ley Electoral el Partido Radical tenía que activarse en todo el país y los dirigentes estaban “obligados imperiosamente” a ocupar sus puestos(...)” pues de lo contrario sufrirían el “desconcepto público”. Sostenía que no había otra opción que “entrar de lleno a la acción unidos con el Dr. Yrigoyen” siempre que la acción fuera definida y clara tal como se lo habían pedido al Comité Nacional. De no ser así creía que habría llegado el momento de luchar frente a frente.

Pero por el momento consideraba que

¹⁸ Leopoldo Melo provenía de la provincia de Entre Ríos a la que representó como diputado nacional en 1915 y posteriormente como senador. Entre 1920 y 1921 fue decano de la Facultad de Derecho de la UBA

¹⁹ Unos meses antes se había producido la polémica de Pedro Molina con Yrigoyen en torno al proteccionismo económico.

“Ahora, la bandera de la revolución ha sido arriada y antes de que haya derecho de volver a tremolarla, nuestra actuación dentro del Partido podrá ser de verdadera eficacia. (...) Naturalmente que parto de la base que todos, todos nuestros amigos- aún aquellos que fueron los primeros en retirarse de las filas, volverán a ellas y contribuirán a la acción común.”²¹

Por su parte, Hipólito Yrigoyen alentó una tendencia que se proponía acercar e incorporar al radicalismo elementos independientes o provenientes de otros partidos.

El Manifiesto del Comité Nacional del 30 de agosto de 1912 comenzaba diciendo:

“El Comité Nacional, ante la jubilosa esperanza de alcanzar por la paz bajo los auspicios del derecho electoral, las reivindicaciones morales y políticas, ha sancionado una nueva reorganización general, con carácter de la más amplia convocatoria pública. (...) la Unión Cívica Radical se dirige a todos los argentinos, incitándolos a incorporarse, para robustecer la acción de sus austeros principios, en pos de los superiores objetivos que encendieran su fe en la vasta y azarosa obra. (...) incita a concurrir a todos los ciudadanos que (...) quieran solidarizarse con la ímproba pero honrosa tarea que desde un cuarto de siglo está consagrada.”²²

Las filas del partido integradas por aquellos afiliados que en los años previos habían afrontado su reorganización y consolidación, fueron sumando a los nuevos sectores sociales que habían surgido a consecuencia del proceso de desarrollo económico y que aspiraban a una mayor participación política. Virginia Persello sostiene que la sanción de la ley electoral en 1912 obligó a Yrigoyen “a ‘abrir las filas’, aunar voluntades, sumar esfuerzos” y al mismo tiempo a impedir el ingreso de todos aquellos que “no estuvieran dispuestos a hacer profesión de fe radical”.²³

Los intelectuales y profesionales de las nuevas clases medias, aquellos otros que Halperin Donghi llamó “personal de las escuálidas máquinas políticas conservadoras”, los oportunistas y los independientes, se afiliaron al radicalismo integrando los cuadros locales intermedios de dirección y dando nacimiento a lo que Ricardo Caballero denominara “neorradicalismo” o “radicalismo gubernativo”.

Como sostiene el mismo Halperín, “la incorporación de estos veteranos del antiguo régimen hizo posible a la que había sido hasta la víspera más una secta conspirativa que

²⁰ “Discursos parlamentarios y documentos políticos del Dr. Ricardo Caballero, p.257.

²¹ . Archivo Vicente C. Gallo. Carta de Fernando Saguier a los Dres. Moreno, Cantilo y Gallo. París, 4 de abril de 1912. Se había enterado del triunfo del radicalismo santafesino por telegrama de Latorre, Aldao y Rodríguez Ocampo,

²² Manifiesto del Comité Nacional 30 de agosto de 1912.

²³ Persello, Ana Virginia. El Partido Radical. Gobierno y Oposición 1916/1943, Siglo XXI Ed. Bs.As. 2004,p.32

un partido, presentar candidatos a casi todos los cargos electivos federales y provinciales.’²⁴

Un año antes de que se concretara el triunfo radical en las elecciones nacionales, surgieron los primeros conflictos suscitados por disidencias electoralistas.

La mayoría de quienes habían propiciado la concurrencia a elecciones en 1909 alegando que el presidente Figueroa Alcorta había prometido elecciones limpias, junto a los que Del Mazo llama “nuevos oportunistas electorales” decidieron, sin esperar la discusión del Comité Nacional, la concurrencia a los comicios de marzo-abril de 1912. Oponiéndose a la dirección de Yrigoyen argumentaban que no era posible que el radicalismo no concurriera a las elecciones cuando estaba en vigencia la nueva ley electoral promovida por los radicales.

Esta vez, contrariamente a lo que había sucedido en 1909 triunfó la opinión de los concurrencistas que ganaron las elecciones en la Capital y en la provincia de Santa Fe donde triunfó por primera vez el radicalismo con la fórmula Manuel Menchaca-Ricardo Caballero.

Raúl Villaroel, corresponsal en la ciudad de Santa Fe de la Revista Argentina de Ciencias Políticas observaba en 1912 que el radicalismo era en esa provincia un partido heterogéneo, “sin otro lazo de unión que la protesta contra las oligarquías y el amor a Alem”. No había definido sus tendencias ni formulado su programa y cuando llegó al gobierno se dieron cuenta que era necesario cambiar el sistema para destruir el imperio del régimen.

El problema de las futuras candidaturas a gobernador provocó la primer disidencia ya que Ricardo Caballero, propiciaba la candidatura de Rodolfo Lehman en tanto el oficialismo apoyaba la de Enrique Mosca surgida desde el Comité Nacional.

La disidencia –fundada en el rechazo a los gobiernos electores- provocó la secesión del sector liderado por Caballero que fundó la Unión Cívica Radical de Santa Fe. El desconocimiento de la fracción por parte del Comité Nacional y el relativo éxito con que se produjo la reorganización del distrito partidario acentuó el distanciamiento. Consecuentemente, el radicalismo concurrió dividido a las elecciones provinciales y nacionales de 1920 en las que triunfaron los disidentes.²⁵

²⁴ Halperín Donghi, Tulio. . Vida y muerte de la República Verdadera, Op. Cit. P.616

²⁵ Revista Argentina de Ciencias Políticas. Las luchas comiciales en la provincia de Santa Fe, tomo XV, pág. 690.

En la Capital Federal Saguier junto con Vicente C. Gallo integraron la lista de candidatos a diputados. El primero confesaba que, aún cuando no podía dejar de aceptar la candidatura hubiera preferido otro cargo pero igualmente dudaba que el triunfo fuera posible dado el poco tiempo que faltaba para la elección..²⁶ Ambos resultaron electos.

Un nuevo enfrentamiento entre las dos tendencias que ya se delineaban en el partido, se produjo en ocasión de definir las candidaturas para la presidencia y vice presidencia de la Nación en 1916.

En el seno de la Convención Nacional se presentó un proyecto de programa que pretendía ofrecer “convicciones definidas en todas las ramas del gobierno” y que, al mismo tiempo planteaba las dificultades que el vacío programático ocasionaba en la actuación parlamentaria.²⁷

La situación era compleja ya que, si la ausencia de programa planteaba dificultades era, al mismo tiempo, la condición necesaria para amalgamar dentro del radicalismo los diferentes sectores que, lejos de sostener planteos similares respecto de problemas económicos y sociales, estaban unidos por la común aspiración de ampliar su participación política. No era tarea sencilla elaborar un programa que diera respuestas satisfactorias a todos los sectores incluidos en el radicalismo cuyos intereses sociales y económicos estaban lejos de coincidir. Por otra parte, la obstinada referencia de Hipólito Yrigoyen a la identidad del radicalismo con la nación misma y a sus cuasi religiosas afirmaciones respecto de la Causa y la Reparación, especie de credo programático que identificaba la misión que como apóstol se sentía llamado a cumplir, obstaculizaban aún más la redacción de un programa partidario a la vez que generaban el rechazo no sólo de las demás fuerzas políticas sino de muchos dirigentes radicales.

Quienes rechazaban esta visión apostólica de la política que pretendía representar a la patria misma y recusaba la legitimidad de todas las demás fuerzas políticas, tratarían de buscar una clave que les permitiera entender esa posición.

Esa clave giraría en torno de dos explicaciones centrales:

- a) que dicha visión escatológica era una farsa tras la que se ocultaba la intención de usar el dominio del estado para su provecho y para mantener su caudal electoral;

²⁶ . Archivo Vicente C. Gallo. Carta de Fernando Saguier a los Dres. Moreno, Cantilo y Gallo. París, 5 de abril de 1912

²⁷ Revista Argentina de Ciencias Políticas, Año VI, Tomo XII, N° 68, pp.94-101, Buenos Aires 1916

b) que el radicalismo yrigoyenista era un retorno a la barbarie, a la situación anterior a 1852.²⁸

Yrigoyen había ordenado que la fórmula elegida fuera “homogénea y solidaria”. Esto significaba que ambos integrantes debían pertenecer a la misma corriente interna. Los candidatos para la vicepresidencia eran el doctor Pelagio Luna (yrigoyenista) y el doctor Vicente C. Gallo a quien apoyaban los doctores Melo, Saguier, Le Breton, Paz Posse, Cantilo y otros convencionales.

El voto de la Convención consagró la fórmula Yrigoyen-Luna. Ante la renuncia indeclinable a su candidatura por parte de Yrigoyen, un grupo integrado por ciertos representantes de la Capital, Entre Ríos, Corrientes y Tucumán, creyó llegada la oportunidad de proponer como candidato a Leopoldo Melo. Pero la actitud de la Convención Nacional que impuso por aclamación a Yrigoyen y consiguió que desistiera de su renuncia, frustró esos proyectos.²⁹

El radicalismo, aún antes de acceder al gobierno nacional llevaba en su seno la semilla de la disidencia. Alem o Yrigoyen, abstención o participación, movimiento o partido, radicales viejos o neorradicales, pluralidad u homogeneidad, sectores sociales con diferentes intereses y también ambiciones personales constituyeron los hilos con los que iba a tejerse la trama de la historia del partido en el gobierno.

El radicalismo en el poder.

La llegada del radicalismo al gobierno no contribuyó a menguar las disidencias aún cuando Yrigoyen no dudó en convocar a los disidentes a integrar su gabinete y que en 1918 fueron nombrados delegados al Comité Nacional cuatro integrantes de la corriente que comenzaba a cuestionar al “yrigoyenismo”: Vicente Gallo, Victor M. Molina, Luis J. Rocca y Arturo Goyeneche. El Comité de la Capital, según Del Mazo “instado por los disconformes” designó una comisión especial que debía “estudiar el estado electoral de la ciudad de Buenos Aires y la situación interna del partido”³⁰ El informe de mayoría dado a conocer a fines de diciembre diagnosticaba una grave crisis del radicalismo, partido cuyo único programa era apoyar al gobierno y proclamaba:

“...la necesidad inmediata de provocar una reacción en verdad radical contra la falta de carácter, el incondicionalismo, el personalismo, la ausencia de ideas, el predominio de la mediocridad y la

²⁸ Halperin Donghi, T. . *Vida y muerte.....*, Op. Cit., p.612-613

²⁹ Del Mazo, Gabriel. *El radicalismo Notas sobre su historia y doctrina 1922-1952*. Primera Parte. Editorial Raigal, Buenos Aires, 1955. pp.29-32. Ver también IñigoCarrera, Héctor J. *La experiencia radical*, Tomo I Ediciones La Bastilla, Bs.As., 1980. p.179

³⁰ Del Mazo, Gabriel.*El radicalismo.....* Op. cit., p.32

servil intolerancia que amenazan causar la disgregación de la más vigorosa e inspirada fuerza cívica que ha actuado en nuestra historia política contemporánea”³¹

Pero no paraban allí las críticas. Otro problema se constataba en torno a la participación en los organismos dirigentes de “elementos extraños al verdadero espíritu radical” refiriéndose a los dirigentes de nuevo cuño o neorradicales que habían transformado “el ambiente tradicional” de las asambleas radicales.

Surgían así dos cuestionamientos: uno a la dirección personalista de Yrigoyen y a la mediocridad y servilismo de su entorno y otro vinculado a la inserción de los neorradicales en la estructura partidaria.

Las críticas iban seguidas de propuestas. Los informantes presentaban ciertas condiciones que consideraban claves para enderezar al partido por la buena senda:

“1º: El Radicalismo debe ser independiente de toda fuerza extraña, visible u oculta, sobre todo si es personalista; 2º La separación de partido y gobierno debe ser absoluta; 3º El partido debe definirse de inmediato frente a los más urgentes e importantes problemas políticos, económicos y sociales. Necesita un programa; 4º El ideal radical es asegurar buena administración pública. Será su deber criticar a quienes no llenan esas condiciones”³²

El informe de minoría, producido por el doctor Benjamín Bonifacio, coincidía con el anterior en el objetivo de dotar al partido de un programa “en el que tengan cabida las ideas actuales en materia económica y social” aún cuando difería en las causas de la crisis partidaria que a su entender tenía sus raíces en los graves problemas planteados por la crisis mundial..³³

Los problemas sociales iban a ponerse de manifiesto en los años siguientes y recibirían una respuesta represiva por parte del gobierno. En cuanto a la administración pública, Yrigoyen había comenzado a desarrollar su política de patronazgo y clientelismo político que le permitiría consolidar la “máquina electoral”.

En 1918 desde la Revista Argentina de Ciencias Políticas se comentaba que:

“Hay cierto descontento entre ciertos radicales (...) Algunos observan que hay mucha disciplina en el partido y creen que sus comités, sus delegados y sus electos en general no contribuyen al funcionamiento democrático del partido sino que obedecen a una organización que pende de arriba en vez de levantarse sobre una base popular; dicen que es un partido sin leaders y con un jefe único (...)”³⁴

³¹ Del Mazo, Gabriel. El radicalismo..... Op. cit p.33

³² Ibid, pág.33

³³ Ibid.

³⁴ Revista Argentina de Ciencias Políticas. Tomo XV, pág. 532

Mientras el movimiento disidente iba consolidándose en el Congreso en abierta oposición a la política presidencial los enfrentamientos con el gobierno se producían también en las provincias.

En 1917 Rodolfo Rivarola, analista político comentaba que en todas las provincias intervenidas con la única excepción de Buenos Aires, la UCR se había dividido en dos facciones antagónicas “ en términos tales que alejan toda posibilidad de compostura.”³⁵

Las facciones provinciales coincidían a veces con las dos tendencias que cruzaban al partido. Otras veces en cambio respondían a enfrentamientos internos de los radicalismos provinciales que se dividían por distintas razones: la existencia de caudillismos provinciales, problemas entre el gobernador y la legislatura por el reparto de incentivos materiales o simbólicos, mayor o menor cohesión de los partidos, enfrentamientos entre el comité provincial y los comités de distrito o entre el Comité Provincial y el Comité Nacional. Lo cierto es que cada facción se legitimaba discursivamente como radical e ilegitimaba a las restantes negando su pertenencia al radicalismo verdadero.

En 1921 un artículo publicado en la Revista Argentina de Ciencias Políticas firmado por R. Wilmart afirmaba:

“En todas partes ese llamado “partido” está dividido y, si no fueran las hesitaciones, o mejor dicho, los prejuicios que dificultan los actos de independencia de afiliados, hace tiempo que don Hipólito quedaría arrinconado con una fracción menor compuesta de los más dominados por tales prejuicios. Todas esas disidencias tienen su punto de separación en actos del presidente y la causa de ellas es la falta de confianza en las promesas y en la veracidad del jefe único.”³⁶

Las prácticas políticas del oficialismo no contribuyeron a disminuir las disidencias. Las intervenciones federales realizadas durante el receso parlamentario, la ingerencia del Comité Nacional en los problemas internos de los radicalismos provinciales, la ausencia de democracia en los órganos partidarios, la difícil relación entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo, la renuencia del presidente a permitir la interpelación de sus ministros, la confusión entre partido y gobierno aumentaron las inquietudes de los sectores partidarios que desconfiaban de la unanimidad.

A medida que se acercaban las elecciones presidenciales el bloque radical antiyrigoyenista que se había formado en la Cámara de Diputados acentuaba las críticas

³⁵ Revista Argentina de Ciencias Políticas. Crónicas y documentos. Tomo XV, pág. 487

³⁶ Revista Argentina de Ciencia Política, Tomo XXIII, pag.339.

al personalismo del gobierno, al dirigismo centralista del presidente y a la falta de actitud pluralista hacia los partidos de oposición.

El Manifiesto presentado por los radicales Principistas al pueblo de la república el 9 de febrero de 1922 explicaba las razones por las cuales se criticaba al gobierno, se proponía la reorganización del partido y se proponía un plan para llevar a cabo una transformación total en la vida argentina.

También denunciaban el aumento constante del presupuesto nacional, el inevitable déficit y el aumento de la deuda pública; la irrupción de la política electoral en las administraciones de defensa nacional, en la administración pública y en la educación; la perturbación de las autonomías provinciales y la invasión por parte del Ejecutivo de facultades propias de los órganos legislativo y judicial.³⁷

Se referían también a la situación del partido radical. Acusaban al yrigoyenismo de impedir la práctica de la democracia representativa en el partido, denunciaban la falta de renovación del Comité Nacional y la ausencia de un programa de principios.

Precisamente la ausencia de dicho programa había permitido que el presidente se convirtiera en “primer mandatario de la Nación, sin otras instrucciones para el desempeño de su mandato que no fueran las del cumplimiento de la constitución. El pueblo (...) designaba una persona que decidiese...”³⁸

No hay duda que las candidaturas de renovación presidencial habían agudizado las tensiones. La reorganización del partido a que aspiraban los radicales principistas no se había producido y en la Convención reunida el 12 de mayo de 1921 Yrigoyen había logrado imponer sus candidatos: Marcelo T. de Alvear-Elpidio González.

Las elecciones de 1922 dieron el triunfo a la Unión Cívica Radical que obtuvo el 47,75% de los votos. Mario A. Rivarola en un artículo titulado “La Nueva Presidencia” se refería a las prácticas políticas del yrigoyenismo y a las divisiones que esas prácticas habían provocado en el partido. También insistía en la falta de un programa concreto de gobierno o al menos de declaraciones en el sentido de la acción a desarrollar.

Aún cuando el presidente electo gozara de las simpatías no sólo de los miembros del partido sino de la opinión pública en general, “nada de esto constituía ideas ni propósitos de gobierno cuando se proclamó su candidatura ni cuando resultó electo en

³⁷ Manifiesto de los radicales principistas al pueblo de la república. Buenos Aires, 9 de febrero de 1922. En: Revista Argentina de Ciencia Política. Tomo XXIII- pág. 437 y sigtes.

³⁸ Rivarola, Rodolfo. La Nueva Presidencia de la Nación En: Revista Argentina de Ciencia Política. Tomo XXV, pág.10

el colegio electoral.” Consideraba por lo tanto que “la orientación y rumbo de su gobierno deberá surgir de su criterio personal y de su capacidad para interpretar la voluntad popular que no conoce”.³⁹

Los años de Alvear

Alvear decidió gobernar con total independencia. La designación del gabinete fue el primer paso. Sólo la mitad de los ministros eran figuras políticamente activas; el ministro del Interior no pertenecía al radicalismo; los ministros radicales eran notorios antiyrigoyenistas con la sola excepción del ex - gobernador cordobés Eufasio Loza. El general Uriburu, quien en un primer momento iba a ocupar el ministerio de Guerra fue sustituido por el general Agustín P. Justo quien en 1920 había comenzado a oponerse al gobierno.

La intromisión de la política en el seno de las fuerzas armadas había generado una división que enfrentaba a oficiales radicales con una logia de militares “profesionales” cuya profesionalidad no era otra cosa que una identidad política opuesta al radicalismo yrigoyenista.

Fue Justo quién inspiró una carta que la Logia General San Martín hizo llegar a Alvear recomendándole que no delegara el ejercicio de la Presidencia en Elpidio González y que no designara Ministro de Guerra al general yrigoyenista Dellepiane..⁴⁰

Precisamente en la delicada tarea de formar su gabinete, Alvear parecía distinguir entre quienes tenían la capacidad necesaria para cooperar al mejor gobierno del país y las aspiraciones de aquellos que buscaban satisfacer las conveniencias del partido.

Consciente de que estas decisiones le enajenarían el respaldo del radicalismo, Alvear encontró en el apoyo del “justismo” un resorte fundamental para su acción independiente. Justo, por su parte, favorecido por el estilo de gobierno de Alvear que dejaba a sus ministros en completa libertad de acción, logró consolidar la posición de su sector en el ejército y dar los primeros pasos en dirección a sus objetivos políticos.

Fracasadas las aspiraciones electorales de los sectores antiyrigoyenistas, muchos de los disidentes vieron en Alvear la posibilidad de concretar sus objetivos de reorganizar el partido bajo un nuevo liderazgo. Comenzaron a circular rumores en ambas direcciones.

³⁹ Rivarola, Rodolfo. La Nueva Presidencia de la Nación En: Revista Argentina de Ciencia Política. Tomo XXV, pp. 16-18

⁴⁰ De Privitellio, Luciano. Agustín P. Justo. Col. Los nombres del Poder. Fondo de Cultura Económica, Bs.As., 1997.

Desde el sector yrigoyenista se percibía la nueva gestión y la independencia concedida al gabinete como un ataque contra la figura y la acción de Yrigoyen.

El Senado fue escenario de los enfrentamientos entre ambas facciones. En diciembre de 1922 al discutirse los diplomas impugnados de la representación jujeña, los senadores “yrigoyenistas” obstruyeron el quorum a los efectos de evitar la incorporación que el oficialismo necesitaba. La intervención a la provincia de Córdoba, sancionada por diputados a comienzos de octubre de 1922 pasó al Senado a mediados de marzo del año siguiente. Al inaugurar las sesiones legislativas en 1923, el presidente Alvear decidió no modificar la situación y esperar la decisión del Congreso.

En mayo de 1923 volvieron los senadores antiyrigoyenistas a la carga al renunciar a las comisiones internas y al sancionar una reforma al Reglamento de la Cámara por el cual despojaban a Elpidio González de la prerrogativa de nombrar a los integrantes de dichas comisiones que finalmente lograron mayoría oficialista con el apoyo del conservadorismo, siendo acusados por los senadores opositores de “contubernio”.

La intervención federal a San Juan y la posterior convocatoria a elecciones de gobernador en las que participó el cuestionado Federico Cantoni originó nuevos enfrentamientos entre ambas corrientes internas del radicalismo.

El avance antipersonalista se perfiló tras la renuncia del Ministro del Interior, Dr. Matienzo el 26 de noviembre de dicho año, renuncia provocada por la oposición que las instrucciones que el ministro había dado al interventor en San Juan, generaron en el radicalismo yrigoyenista.

Alvear designó para reemplazarlo al Dr. Vicente C. Gallo. Esta designación fue duramente criticada por los radicales personalistas y por su prensa quienes lanzaron contra el ministro “toda clase de cargos e insinuaciones que afectan no sólo su actuación política, sino que llegan hasta su conducta privada”.⁴¹

Algunos comentarios sostenían que la designación de Gallo en el Ministerio se había pensado como solución conciliatoria entre las líneas internas del partido, puesto que el nuevo ministro no se había definido decisivamente en los conflictos internos del partido cuando la influencia de Yrigoyen se ponía en juego.⁴² La actitud conciliatoria de Alvear hacia el sector yrigoyenista provocó el descontento de los ministros conservadores

⁴¹ Revista Argentina de Ciencias Políticas. Año XIV, Tomo XXVII. N°149. 12/12/1923. Un ministro y su partido.

En realidad, las relaciones de Alvear con el Partido Radical habían empeorado durante el año 23, en razón de las medidas tomadas por el gobierno para reducir el gasto público. La ortodoxia financiera del gobierno perjudicaba la acción de los caudillos comiteriles quienes, privados de suficientes cargos para repartir veían debilitadas sus posiciones. A ello debía sumarse el enfrentamiento con el vicepresidente y la negativa a apoyar el amplio plan de obras públicas propuesto por el único ministro yrigoyenista del gabinete.. Ante esta situación y ante los ataques provenientes de “La Epoca” y de los comités del partido, era bastante lógico que el presidente tratara de consolidar su posición acercándose al sector antipersonalista que en las elecciones de 1924 se había impuesto en Entre Ríos, Santa Fe y Santiago del Estero y que contaba con el apoyo del *cantonismo* y el *lencinismo*.

Las disensiones entre antipersonalistas e yrigoyenistas se reflejaron también en la Cámara de Diputados.

La inauguración del período legislativo de 1924 fue la ocasión que los diputados y senadores yrigoyenistas eligieron para manifestar su repudio a la situación política. En la sesión del 20 de junio, el presidente Alvear debió leer su mensaje ante una asamblea de la que estaban ausentes tanto el Vicepresidente como los legisladores yrigoyenistas. El sentido de esa ausencia fue explicado en una sesión posterior por el diputado Andrés Ferreyra aduciendo que no era posible que una minoría del partido en acuerdo “tácito o verbal” con los conservadores impusiera sus resoluciones a las mayorías de la UCR. La réplica correspondió al diputado José P. Tamborini, antipersonalista, quien dijo:

“ Que no se nos venga con esa palabreja mal aplicada y de mal gusto: *contubernio*. (...) aquí estamos advertidos contra la diatriba y dispuestos al combate, frente a los que creen que el título político de radicales, sólo puede obtenerse castrando la voluntad, y cayendo *genuflexos* ante la de un caudillo poderoso”⁴³

La división de los bloques parlamentarios se puso de manifiesto también en el Senado durante el debate del Proyecto de intervención a la provincia de Córdoba, presentado en la 2ª sesión ordinaria del 1º de julio de 1924 que generó nuevos enfrentamientos discursivos entre ambas fracciones del radicalismo.

.Cada uno de los grupos rivales trataba de producir un discurso de legitimación y justificación. El campo ideológico surgía como lugar de competencia entre individuos que se disputaban bienes simbólicos con el fin de dar una idea favorable de sí mismos y

⁴² Ibid. Pág. 268-271

⁴³ Diario de Sesiones. 21 de junio de 1924

una imagen negativa de su rival y atraer apoyos. Por medio del discurso se constituía un sujeto político simbólico – el pueblo- en cuyo nombre cada grupo buscaba legitimarse ocupando la posición dominante.

En Octubre, se concretaba la división del radicalismo en todo el país. En las elecciones internas, compitieron en muchas regiones del país dos listas rivales. Finalmente, se anunció la creación de un nuevo partido, la Unión Cívica Radical Antipersonalista cuyo Comité Nacional fue presidido por el doctor Martín M. Torino. La actuación del Ministro del Interior – Vicente Gallo- agudizó los enfrentamientos. “La Epoca” lo acusaba de utilizar las mismas técnicas de patronazgo con las que el ex - presidente había buscado obtener apoyo popular y de persuadir a Alvear y a sus colegas en el gabinete de aumentar el gasto público. También se lo acusó de acudir al recurso de la intervención federal en las provincias dominadas por el yrigoyenismo, especialmente en el fuerte bastión de la Provincia de Buenos Aires.

Sin embargo, Alvear no estaba decidido a alinearse definitivamente con el antipersonalismo. Documentos inéditos permiten afirmar que el ministro Gallo consideraba “justa y procedente la intervención” y que dicha posición era avalada por la mayoría de los ministros. No obstante tras varias reuniones con el gabinete, Alvear finalmente se declaró contrario a la intervención y llegó a expresar “que no encontraba los motivos institucionales suficientes.” Finalmente, la provincia no fue intervenida y Gallo pospuso su renuncia que se hizo efectiva recién el 27 de julio.⁴⁴

Un nuevo intento de intervenir la provincia fracasó en 1927..

El 14 de febrero de 1928 La Prensa publicaba el Manifiesto Electoral Antipersonalista que en su Preámbulo decía:

“Acontecimientos políticos recientes, señalan hechos que entrañan una grave amenaza para el régimen institucional de la Nación y reclaman de todos los argentinos la obra interna y viril que conduzca a las reacciones reparadoras.

(...)La Unión Cívica Radical, en su organización actual, es la expresión disciplinada de las fuerzas que durante muchos años resistieron dentro del viejo partido la tendencia absorbente del personalismo (...) En asambleas populares, con propósitos públicamente confesados de reivindicaciones democráticas (...) llegó a la organización definitiva, reunió su comité y convención, sancionó un programa, eligió candidatos e inició la activa y popular campaña que realiza. (...)”

⁴⁴ Archivo del Dr. Vicente C. Gallo. Documentos personales. Mensaje de Vicente C. Gallo a Ramón Paz Posse. Marzo 26 (1925).

Poco después se reunían en Córdoba el Partido Conservador de Buenos Aires, los Autonomistas y Liberales de Corrientes, el Partido Liberal de Mendoza, la Unión Provincial de Salta, el Partido Conservador de San Juan, el Partido Liberal de San Luis y el Partido Liberal de Tucumán y formaron una Federación que daba su apoyo al documento.

Refiriéndose al manifiesto de los antipersonalistas y al de los conservadores, La Prensa decía:

Realizada esta tarea de discernimiento sobre los manifiestos referidos de los partidos derechistas y “antipersonalistas”, decimos que los consideramos igualmente malos en su fondo y en su esencia política, primero porque no han dicho ante el pueblo y al pueblo mismo francamente cuánto pretendieron de la Presidencia de la Nación para sumarlo a lo que hacían, harían o pudieran hacer como directores políticos o como partidos capacitados para el triunfo; segundo, porque el juego normal de todo partido no es la protesta, la denuncia, el grito destemplado ni el pedir golpes de timón presidencial, sino la acción en la calle, en el distrito, en la provincia, en la Nación; acción de palabra elocuente y de hecho enérgico, continuo, mantenido, vigorizado a cada momento, con prescindencia de lo que haga Fulano o Zutano o de lo que piense, diga o haga el Presidente.”

Constituía el editorial una dura crítica a quienes, amparándose en un discurso principista habían cifrado su porvenir político en prácticas análogas a las que condenaban, buscando el apoyo presidencial para constituir un personalismo de nuevo cuño en vez de dedicar sus esfuerzos a proponer medidas de gobierno concretas y a conquistar el apoyo del electorado mediante la acción política.

El yrigoyenismo por su parte, aún sin contar con una plataforma electoral desplegaba en el curso del debate sobre el tema petrolero los rasgos de un partido de ideas y capitalizaba los errores de sus adversarios.

Así lo entendió el electorado que dio el triunfo a Yrigoyen quién llegó nuevamente a la presidencia con el 57,41 % de los votos. La UCR Antipersonalista obtuvo solamente el 10,63% poniendo de manifiesto su debilidad y la falta de apoyos políticos suficientes.

Imposibilitados de obtener el apoyo oficial y los recursos económicos para promover el sistema de patronazgo que habían condenado, privados del apoyo electoral de los principales bastiones del radicalismo y contando con apoyos tanto o más dictatoriales y personalistas que el yrigoyenismo como el lencinismo y el bloquismo o tan desprestigiados como los conservadores, vieron frustradas sus aspiraciones presidenciales.

Yrigoyen volvía al gobierno reinstaurando tanto sus prácticas discursivas como sus prácticas políticas pero la crisis económica mundial y las nuevas propuestas ideológicas darían por tierra con la “república verdadera”.

Conclusión

Fundado en la intransigencia ante el acuerdo el radicalismo tenía ante sí dos caminos que recorrió desde su fundación hasta la muerte de Alem en 1896: la concurrencia electoral o la abstención revolucionaria.

Pero las prácticas discursivas que contruyeron un espacio simbólico fundado en principios de intransigencia y rechazo de todo personalismo en la vida política, ocultaban pujas internas en torno a cuestiones simbólicas y a las estrategias más apropiadas para acceder al poder. La opinión se constituyó en el lugar simbólico de la lucha por el poder, centro de producción y de disputa discursiva en torno de la organización de proyectos y prácticas políticas.

En este contexto de lucha por el poder en el seno de la organización comenzaron a surgir las tendencias antipersonalistas.

Los sucesivos conflictos fueron desplazando los espacios de poder hasta que uno de los grupos identificó su discurso con el sujeto simbólico –pueblo, patria, nación- e instaló la ideología en el poder. El ascenso de Yrigoyen a la presidencia le permitió reunir el poder político con el poder simbólico y convertirse en el emisor privilegiado de las significaciones y el depositario legítimo de ese poder. El poder del pueblo soberano se encarnó en un líder que lo instituía, lo controlaba y lo restablecía.

No obstante tras la ilusión de la unanimidad que creaba la racionalidad del discurso pedagógico de la autoridad constituída, se ocultaban otras potencialidades. El movimiento disidente se consolidó en el Congreso en abierta oposición a las prácticas discursivas y políticas del Poder ejecutivo.

Los enfrentamientos se reprodujeron en la mayoría de las provincias. En la base de todas las disputas estaba la lucha por el manejo de los recursos estatales y por los ascensos en la escala de poder dentro de la organización del partido.

Si bien muchos de los líderes disidentes contaban con algún recurso para utilizar en la disputa del poder, Yrigoyen tenía todavía la suficiente libertad de acción y contaba con una coalición dominante débilmente institucionalizada pero unida y estable debido a su carisma, que le permitía resistir el asalto de los adversarios internos.

El ascenso de Marcelo T. de Alvear a la presidencia reforzó la cohesión de las facciones opositoras a Yrigoyen. Los enfrentamientos discursivos se reflejaron en ambas Cámaras del Congreso en términos de “contubernistas” y “genuflexos”, acusaciones con las que cada facción buscaba deslegitimar al adversario.

Finalmente los integrantes de la facción antiyrigoyenista decidieron fundar un nuevo partido: la UCR Antipersonalista. Creyeron contar con los recursos que podía otorgarle el participar en mayor medida del gobierno para construir poder y disponer de una máquina electoral que le permitiera competir en las elecciones presidenciales de 1928.

Pero los intentos de intervención a la poderosa provincia de Buenos Aires llevados a cabo en 1925 y 1927 fracasaron porque Alvear, que había adoptado una actitud de independencia respecto del líder radical en su acción de gobierno, no se decidió por la disidencia. La UCR Antipersonalista no logró llegar al poder a pesar de contar con apoyos extrapartidarios. Aunque en el nivel discursivo los antipersonalistas trataron de crear un nuevo imaginario que designara la potencialidad de los descontentos y produjera un nuevo proyecto político, en la práctica no lograron movilizar al electorado ni investir realmente el poder.

Mg. Elena Teresa Piñeiro
Universidad Católica Argentina